

La "nueva historia" ¿el fin de una batalla?

Antbal Arcondo

En estos momentos en que se habla a los cuatro vientos del "fin de la historia", muchos se interrogan por esa musa joven que se autodenomina "nueva historia" y que disputa a la vieja Clío su cetro. Desgraciadamente no contamos con una voz tan insigne como la de Marc Bloch que intente una respuesta actualizada a la pregunta ¿ "Papá, para qué sirve la historia"? y que responda de una manera tan simple y elegante a las incógnitas que nos plantea esta joven disciplina.¹ Hoy, aquella pregunta tendría que pluralizarse y las respuestas multiplicarse, para satisfacer, no al enigma del hijo de Bloch, sino a las de las varias *historias* en que se ha fragmentado la historia, o a la de las "migajas" a que se ha reducido, precisamente, esa disciplina.²

El lector desprevenido puede sentirse desorientado ante estas afirmaciones aparentemente fuera de contexto. Lo que sigue, intenta ser una explicación simple de la operación a través de la cual la *nouvelle histoire* intenta vaciar la concepción histórica en boga desde hacía mucho tiempo en la historiografía europea —fundamentalmente en la francesa— y que tenía como horizonte la reconstrucción del pasado con un sentido de totalidad.³ Hay que reconocer, sin embargo, que no existía una sola forma de concebir la historia de esa manera; además de la concepción marxista, que contaba con un modelo aceptado unánimemente aún por aquellos que rechazaban su ideología, en Francia existía una corriente que reconocía, desde Voltaire a Michelet, una vertiente de pensamiento que ponía el énfasis en la necesidad de una concepción historiográfica total que intentara recuperar un espacio en el escenario de la historia para los actores anónimos e ignorados.

Sin ser ajena a la atractiva "interpretación económica de la

¹ Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire*, Armand Colin, París, 1974. Traducido como *Introducción a la historia* por el Fondo de Cultura Económica, México, 1952, manual en el que aprendieron muchas generaciones el oficio de historiador.

² Lo de "migajas" hace referencia al libro de François Dose, *L'histoire en miettes. Des "Annales" a la "nouvelle histoire"*, París, 1987.

³ Cfr. Jacques Le Goff, Roger Chartier, Jacques Revel y otros, *La nouvelle histoire*, Le encyclopédie du savoir moderne, París, 1978.

historia"⁴, con que Edwin Seligman sacralizó de una manera simplista los desarrollos marxistas, en Francia se consolidó una corriente historiográfica que tuvo la suerte de reivindicar una herencia "nacional" —disputándosela a Marx que se había declarado heredero de Tocqueville, Guizot y otros pensadores franceses del siglo XIX— recuperando para sí la idea de totalidad histórica y la necesidad de explicación, más allá de la descripción pura y simple de los hechos tal cual lo había concebido Von Ranke, en la otra margen del Rin.⁵

Los sesenta primeros años de este siglo fueron un lento proceso de discusión y de trabajo en el campo de la historia que contribuye a cimentar para la historiografía francesa una posición muy sólida, en especial durante el período inmediato posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esa corriente —que se asocia a la revista *Annales* coexistiendo con otras— fue aumentando su prestigio en dos frentes: la renovación temática y la apertura hacia las otras ciencias sociales como base de sustentación de sus planteos. Vale quizás la pena distraer al lector en la reseña de algunos hitos en esa "larga marcha", muchas batallas y algunos logros en el cometido de construir una historia integral, como reclamaba Michelet.

La enemiga, aunque no se la mencionase, seguía siendo, sin duda, la concepción historicista heredada de Von Ranke que se diluía en la pretensión de hacer un discurso histórico ecuménico a partir de la divisa: "contar la historia tal como había sucedido", que no era otra cosa que la reconstrucción de los fragmentos a partir de la documentación existente, y en lo posible, sin la mediación del historiador como artífice de esa restauración.

Renovación temática e investigación fueron dos constantes que, aunque reconocieran antecedentes ilustres, se consolidaron en el momento inmediato a la posguerra. Dos referencias bibliográficas obligadas, que dan cuenta de esa renovación, son *L'histoire et ses méthodes* y más recientemente, como reconocimiento a nivel *supra* nacional, el texto de Geoffrey Barraclough sobre la historia, publicado en diversos idiomas por la

⁴ Cfr. Jean Ehrard y Guy Palmade, *L'histoire*, París, 1965, pág. 160 y ss. y 261 y ss.

⁵ Referencia al texto de Edwin Seligman, R. A., *La interpretación económica de la Historia*, Madrid, 1929.

UNESCO.⁶ Particularicemos en qué consistieron esos cambios que sintetizamos en renovación temática y nuevas formas de abordar el conocimiento histórico. Las contribuciones, muy importantes, de los historiadores franceses otorgaron prestigio y poder a quienes, no del todo correctamente, se identificaron como la "escuela de los *Annales*".

¿En qué consistió eso que denominamos renovación temática? Quizá la mejor respuesta remita precisamente al clásico libro *L'histoire et ses méthodes*, pues en él tuvieron cabida, como el título lo indica, la substancia de la historia, la materia prima y su tratamiento. Allí aparecen muchas de las respuestas que Bloch intenta dar a su hijo, trasmutadas en una nueva concepción de la historia que otorgaba primacía a lo económico y lo social. Esta novedad reclamaba nuevas fuentes y formas de tratamiento diferentes de las que se habían desarrollado en la época de la ahora denominada *histoire événementielle* (por historia fáctica). El tratamiento de fuentes masivas de datos requería criterios y técnicas de la estadística metodológica, sin abandonar los aportes y los resguardos desarrollados en torno al abordaje de la documentación y de las que el libro de Bloch, escrito en respuesta a su hijo, era un ejemplo.

En las más de mil quinientas páginas de *L'histoire et ses méthodes*, menos de la mitad se refieren a la historia propiamente dicha y el resto revisa los aportes de otras disciplinas a las que "tradicionalmente" se denominaba disciplinas auxiliares. Lo novedoso en 1961, fecha en que apareció este tomo de la *Encyclopédie de la Pléiade*, era que si se lo comparaba con *L'Apologie...* de Bloch, se comprobaban substanciales diferencias.

Con poca imaginación se podría concluir que en 1961 se concebía la historia como "historia económica, social y de las mentalidades". Se podría añadir que en el manual de referencia coexistían dos parcelas en las que las ideas innovadoras en las formas de abordar la historia se mezclaban con fórmulas o recomendaciones que daban cuenta del lastre del pasado. Un ejemplo, entre otros, es el artículo que cierra el volumen, referido al "oficio" de historiador, oficio tan viejo como otros que no gozan

⁶ *Encyclopédie de la Pléiade. L'histoire et ses méthodes*, Volume publié sous la direction de Charles Samaran de l'Institut, París, 1961 y *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales, 2, Antropología / Arqueología / Historia*, Madrid, 1981.

de tan buen prestigio.⁷ En principio las reglas de ese oficio se limitaban a los consejos de prudencia y a una serie de generalidades que apuntaban a señalar el sentido común como única fuente de inspiración histórica.

La historia —según Marrou— no era otra cosa que una "disciplina" que podía "enriquecer" la cultura. Más adelante agrega algunas conclusiones que vale la pena reproducir. Al definir el paradigma del perfecto historiador dice: "Pero el historiador perfecto será también aquél, será sobre todo aquél que encarne los resultados más preciosos de su encuesta en algún gran y bello libro: esfuerzo de sabio completado en el plano de la creación artística". Nada más opuesto a la nuevas corrientes historiográficas en boga de las que el manual hacía gala. Aquí la aproximación a la verdad y la necesidad de explicación estaban ausentes, lo que justifica la remisión que hace Marrou a las obras de Tucídides y Tácito y "entre los modernos, Gibbon, Ranke o Fustel."⁸

A pesar de esas incongruencias ese bello libro que para algunas generaciones sustituyó y/o completó la *Introducción* de Bloch dio cuenta de la apertura a una nueva concepción de la historia. Esa nueva concepción había venido gestándose desde comienzos de siglo —con la obligada interrupción de las guerras— y reconocía como antecedentes las batallas libradas por Henri Berr contra los historicistas franceses —fundamentalmente Halphen, Seignobos y Langlois— oponiendo una síntesis histórica a la "historia historizante".⁹ El referente de esa posición había sido en numerosas oportunidades, Paul Lacombe, según Berr "teórico de la historia ciencia", que reivindicaba la noción de "causalidad legal" en la historia y para quien Labrousse tuvo palabras de reconocimiento en 1968.¹⁰

⁷ En el manual de referencia el artículo: Irene Marrou, "Comment comprendre le métier d'historien", parece un contrasentido en referencia al resto del libro.

⁸ Cfr. *L'histoire et ses méthodes*, pág. 1539.

⁹ Henri Berr, *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, París, 1935.

¹⁰ Berr se pregunta: "¿No es también una ley la fórmula en la que debe expresarse el juego regular de la causa de causas?" respondiéndose: "Se puede, por otra parte, reservar el término de ley para tal o tal forma de lo *general*, pero no se podrá negar que la preocupación de lo general, en sus diversas formas, se impone al historiador", *Ibid.*, pág. 49.

Entre el frente abierto por Berr y su proyecto de las obras que constituyeron la colección: *La evolución de la humanidad*, la guerra real, la Primera Guerra Mundial (1914/18) interrumpió esos pequeños combates por la historia en cuyo frente aparecieron desde la década de 1920 dos insignes historiadores consustanciados con la renovación: Lucien Febvre y Marc Bloch. No es este el momento de intentar una biografía intelectual de estos pensadores, sino el de recuperar para la memoria el papel que ambos desempeñaron durante el período entre las dos guerras mundiales. Luego, con la trágica muerte de Bloch, la figura de Lucien Febvre, sobreviviente a la contienda, se constituyó en el nexo entre la concepción renovadora de los primeros *Annales de Historia Económica y Social* de la preguerra y un grupo numeroso de historiadores, muchos de ellos también ex combatientes.

Como señala Dose, tres vertientes confluyeron en la nueva corriente historiográfica: la escuela geográfica de Vidal de la Blache, la sociológica de Durkheim y los desarrollos sobre la síntesis histórica elaborados por Henri Berr y su revista.¹¹ Pese a esa herencia, la escuela de los *Annales* rechazaba todo dogma, toda filosofía o teoría de la historia, valiéndose de las ciencias sociales para desestabilizar a la historia historizante, en una guerra hacia la conquista total del territorio histórico.

Un elemento a resaltar fue la rara paradoja que existió entre el compromiso político personal de los fundadores y su independencia de criterio a la hora de enseñar o de escribir la historia. Eso se evidencia en el distanciamiento tomado de la concepción materialista de la historia, a pesar del reconocimiento explícito de la necesidad de un primer abordaje a los fenómenos económicos y sociales.

Se señala, precisamente, que ciertos hechos tales como la gran crisis de 1929 y la aparición de los brillantes aportes a la historia económica de Ernest Labrousse sobre las causas mediatas e inmediatas de la Revolución Francesa de 1789 (1933), las investigaciones de François Simiand sobre el movimiento de los precios (1932), así como los aportes de Henri Hauser sobre los orígenes del capitalismo moderno en Francia (1936), fueron fenómenos que influyeron en los cambios producidos a nivel de la concepción histórica, al afectar las ideas sobre el progreso implícito en los análisis económicos anteriores a la gran crisis. En otro plano hay que destacar los aportes de Georges Lefebvre a la historia social de la

¹¹ *Revue de Synthèse Historique* (1900/ 1930).

revolución desde la perspectiva de la psicología social, lo que se constituyó en aquel tercer elemento: la historia de las "mentalidades" que junto a la económica y social se aceptó como componente imprescindible de la historia total. No deja de llamar la atención que por lo menos dos de estos intelectuales citados no reconocían una formación "rigurosamente" histórica.

Después del interregno producido por la Segunda Guerra Mundial, la posguerra trajo grandes novedades en el campo de las concepciones historiográficas. La lucha frontal o larvada entre el historicismo y aquellos que consideraban que la historia podía explicar algo, se recluyó a ámbitos muy limitados y en el caso de los historiadores franceses nucleados en los *Annales*, la reflexión epistemológica pasó a un segundo plano. Los cuestionamientos sobre el saber histórico llevaron explícita o implícitamente a negar la posibilidad de construcción de una "teoría de la historia" y a reclamar el auxilio de las otras ciencias para explicar el pasado. Fueron los años dorados de los proyectos de investigaciones pluri o interdisciplinarias.

La renovación temática trajo nuevamente al escenario los problemas económicos de la posguerra. El desarrollo económico se constituyó en el centro de reflexión. Parangonando a los fundadores se podría hablar de esa dialéctica entre el pasado y el presente; ya que era la urgencia del presente lo que invitaba a retornar al pasado. Naturalmente —quién sabe o no— el pensamiento anglosajón tuvo mucho que ver en esa renovación temática. Fueron los años de discusión del desarrollo en etapas de W.W. Rostow, de los escritos de Maurice Dobb sobre la transición del feudalismo al capitalismo y de revitalización de los contactos con historiadores de otras latitudes en el marco de los congresos internacionales de historia —París (1950), Roma (1955), Estocolmo (1960)— y con posterioridad de los congresos internacionales de historia económica. Curiosamente, la renovación temática no vino acompañada de investigaciones inspiradas en esos cambios. Alguien podría señalar, utilizando un principio aceptado en esos momentos, que el cambio de interés evidenciado no se reflejó en la producción historiográfica posterior. Y el hecho podría ser interpretado como un problema de diferente duración o de resistencia al cambio.

Durante más de treinta años Fernand Braudel fue el principal animador de la vida académica relacionada con la historia en Francia. La publicación en 1949 de su tesis sobre el Mediterráneo y Felipe II, lo constituyó en un renovador de la concepción en boga, concepción que

asociamos a la aspiración de los fundadores de realizar una historia integral.¹² El recuerda años más tarde los meandros que lo llevaron a traicionar la propuesta original convenida con Febvre de estudiar la época de Felipe II.¹³ El resultado fue su *Mediterráneo*, en el que la gran innovación era el señalamiento de tres "tiempos históricos" que correspondían al breve tiempo de los acontecimientos políticos, a los movimientos de larga duración de la economía y al tiempo casi inmóvil del clima, el suelo, en fin, la naturaleza o con más propiedad las relaciones del hombre con el medio.¹⁴

En la lección inaugural —a su ingreso al Collège de France (1950)— Braudel resumió estas comprobaciones y más adelante las sistematizó en su artículo publicado en 1958, que tituló "Historia y ciencias sociales: la larga duración" y que tuvo una gran difusión y repercusión en los medios académicos.¹⁵ Uno de los voceros de la *nouvelle histoire* —Marc Ferro— pontifica: "La obra de Braudel, gracias a la larga duración, es conocida internacionalmente".¹⁶ No se puede ignorar una operación de difusión que incluyó, entre otras actividades, las fundaciones Marc Bloch, una de cuyas filiales funcionó brevemente en Buenos Aires. El eco lejano, en los confines de América Latina, vino precedido por la publicación en México, en 1958, del artículo de Braudel sobre la larga duración y luego por la reproducción argentina de esa versión en el ámbito

¹² Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 Tomos, Fondo de Cultura Económica, México, 1953. Versión castellana de la edición francesa de 1949.

¹³ Cfr. Marie-Claude Bartholy y Jean-Pierre Despin, *Le passé humain: histoire*, París, 1986, pág. 23 - 25.

¹⁴ *Ibid.*, nota 10, págs. XVII y ss.

¹⁵ Me baso en los extractos de esa conferencia publicados en el trabajo citado, nota 10, págs. 26 - 27.

¹⁶ Marc Ferro, entrevista difundida por televisión el 15 de enero de 1983, en la emisión "Entrée libre" por la emisora FR3, citada en Marie-Claude Bartholy y Jean-Pierre Despin, *Le passé humain...*, pág. 21.

de la Cátedra de Historia Social de la Universidad de Buenos Aires (1961).¹⁷ Al año siguiente Tulio Halperín Donghi reseñó incidentalmente este trabajo en una publicación del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, en un artículo que excedía los límites de las propuestas de Braudel para constituirse en una reseña del problema más amplio de discusión de las corrientes historiográficas francesas.¹⁸ Decimos incidentalmente, pues en su artículo de veintidós páginas sólo una se ocupa específicamente de la propuesta de Braudel sobre la larga duración. Hay una frase que corrobora el juicio de una época; Halperín señala: "...Basta pensar en el amplio eco que el escrito de Braudel ha encontrado en sus reproducciones y traducciones en ambos mundos, para advertir que en este examen deliberadamente no sistemático de un problema se ha querido reconocer *un modo de entender la historia que no es sólo el de su autor...*" (el subrayado es nuestro, A.A.).¹⁹

Esa duración sobre la que ya había escrito exhaustivamente Braudel en 1958 fue reconocida, precisamente en 1961, por Guy Beaujouan (en *L'histoire et ses méthodes*), como un problema ligado a la noción de "tiempo histórico".²⁰ El subtítulo que Beaujouan agregaba a su artículo: "Las sugerencias del economista y del geofísico", constituye sin duda un reconocimiento al análisis económico y al estudio de la fluctuaciones económicas y, en otro plano, a los desarrollos de Braudel en su obra *El Mediterráneo ...*²¹ La exposición de los problemas de la duración generaron muchas discusiones y remitieron al fenómeno de las permanencias en la historia. En la preocupación de Braudel y de los historiadores franceses de la década de 1960, el fenómeno de la duración

¹⁷ Fernand Braudel, "Historia y Ciencias Sociales: la larga duración" en *Cuadernos Americanos*, México, año XVII, Vol. CI, N° 6, noviembre - diciembre de 1958.

¹⁸ Tulio Halperín Donghi, "Historia y larga duración: examen de un problema", en *Cuestiones de Filosofía*, Año I, N° 2 - 3, 2do. - 3er. Trimestre 1962, págs. 74 y ss.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 94.

²⁰ Cfr. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1968 y *L'histoire et ses méthodes*, págs. 52 y ss.

²¹ *Ibid.*, nota 10.

se asociaba a la noción de estructura.

Esto explica el coloquio interdisciplinario destinado a estudiar el significado y alcances de la noción de estructura en las distintas ciencias sociales.²² En el mismo participaron pensadores de las ciencias sociales y algunos representantes de las ciencias "duras" y se obtuvieron algunos magros resultados: la noción de estructura sería una abstracción mediante la cual se podrían obtener relaciones entre el todo y las partes. Esa noción daba cuenta, en general, de: totalidad, duración, relaciones y proporciones. Se nos ocurre que entre el fenómeno de la duración o permanencias y la noción de estructura así definida, se estableció un puente que llevaría, inexorablemente, a convertir a la pretenciosa "ciencia del cambio" en la monótona "ciencia de las permanencias" tal cual la concibe Emmanuel Le Roy Ladourie, en una actitud, sin lugar a dudas, destinada a escandalizar a su congéneres. Pero no todo acababa allí. Paralela a la noción de estructura se afirmaba la de coyuntura para indicar cambios, precisamente de duración. El tiempo histórico, cronológico, se descomponía en tiempos de diferentes intensidades, no solamente en la dimensión psíquica, sino incluso en fenómenos físicos.

La discusión de la duración en historia no pasó, sin embargo, de ser un problema aparentemente de los historiadores franceses y de quienes los seguían.²³ Pero no todos los historiadores franceses consideraban este problema como un tema serio de dimensión epistemológica. Vilar no se cansaba de repetir, en sus clases de seminario, un argumento que sin duda apuntaba al fenómeno de la larga duración y a Braudel, cuando sostenía que cada fenómeno a estudiar tenía su duración, reconociendo incluso cierta dosis de racionalidad al tiempo muy corto, propio de la peyorativamente denominada historia fáctica o "événementielle" que había sido uno de los tiempos sugeridos por Braudel.

Quizá sea éste el momento de señalar que, contrariamente a lo que

²² Cfr. Roger Bastide, "Colloque sur le mot 'Structure'", en *Annales (E.S.C.)*, 14e Année, N° 2, Avril - Juin 1959, págs. 351 - 352.

²³ Marc Ferro, uno de los animadores de la "nouvelle histoire", destacaba en una emisión televisiva el relativo desconocimiento de sus compatriotas sobre la obra de Braudel frente al prestigio que había logrado internacionalmente "...gracias a la teoría de la larga duración..."(el subrayado es nuestro, A.A.). Cita tomada de Marie-Claude Bartholy y Jean-Pierre Despin, *Le passé humain: histoire*, págs. 21 y 22.

sostiene Marc Ferro, las observaciones de Braudel no constituyen ninguna teoría; y eso seguramente habría sido reconocido por el autor. De lo que se trataba era de establecer relaciones entre esos fenómenos de distinta duración; distinción semejante a la planteada por aquellos que creían que las observaciones y relaciones establecidas por Marx sobre la historia constituían una teoría que podía relevar del análisis histórico real que estableciera la especificidad y los límites de esas relaciones. Pareciera que a veces los "sacerdotes" son más papistas que el Papa.

Aun aquellos que se situaban en fenómenos de larga duración reconocían necesario distinguir la duración de las estructuras. Eso les permitía hablar de la resistencia al cambio de las estructuras, ejemplificando con las estructuras mentales, que en el lenguaje de Braudel "eran cárceles de larga duración". Existía pues el convencimiento de que los fenómenos relacionados no reconocían iguales ritmos de cambio y esas comprobaciones, obviamente, no constituían otra cosa que una observación a tener en cuenta en los análisis de largo plazo, pero de ninguna manera una teoría.

Casi coetáneamente a la discusión sobre el alcance de la noción de estructura en el Coloquio referido, otro —verificado en el ámbito de la Sociedad Racionalista Francesa— discutió de manera semejante, pero desde otra perspectiva, las similitudes y diferencias en el uso de la noción de estructura. En estas sesiones participaron intelectuales en su mayor parte identificados con una posición política progresista como Lucien Goldmann, Henri Lefebvre, Ernest Labrousse, André Martinet, Albert Soboul y Pierre Vidal-Naquet. En la segunda discusión, destinada al tema "Estructura social e Historia", abrió el debate Ernest Labrousse refiriéndose a "la noción interdisciplinaria de estructura" que le permitía —según su expresión— una "posibilidad de diálogo magnífico" basado en esa noción adaptable a las "ciencias del hombre y de la naturaleza".²⁴

En la versión de Labrousse la noción de estructura se acompañaba con la de movimiento o coyuntura. Se hizo lugar común hablar de

²⁴ "Entendemos la estructura como un conjunto de relaciones mayoritarias —pues todo es meramente mayoritario en las relaciones, en las 'leyes' estadísticas que las ciencias humanas nos permiten establecer—, si entendemos, pues, la estructura como una interdependencia, como un todo constituido por componentes solidarios, aparece entre todas las ciencias un vínculo común, íntimo y decisivo, una especie de medida común", Ernest Labrousse y René Zazzo, *Las estructuras y los hombres*, Barcelona, 1968.

estructuras y coyunturas. Los habituados al análisis demográfico no podrían dejar de reflexionar en términos análogos a los utilizados por su disciplina : *estado y movimiento* de la población. ¿Cuántas veces habremos utilizado ese parangón comparando una fotografía (el censo) y un filme (el movimiento), analizando documentos que permitían dos lecturas distintas —sincrónica y diacrónica— pero que conjuntamente daban la posibilidad de explicar los cambios a nivel estructural, de las fotografías sucesivas como resultado del movimiento de la población?

Tanto Labrousse como Soboul tomaron distancia, en sus participaciones, del estructuralismo genético, mostrando la especificidad de las estructuras en historia. Ambos aceptaron tres niveles o tipos de estructura en análisis histórico: la económica, la social y las mentales. También coincidieron en que la duración y la resistencia al cambio eran distintas, e indicaban —coincidiendo con la idea de Braudel— que de ellas las más resistentes eran las *mentales*, aquellas "cárceles de larga duración" que en la versión castellana del texto de Soboul aparece curiosamente traducido —como en esos títulos *ganchos*— "presidios para condenas largas".²⁵

Esta extensa digresión es para señalar hasta qué punto el problema de la duración afectaba a la historiografía francesa de finales de los años cincuenta y la década de 1960. No era obviamente ajena a esa preocupación la presencia de una escuela estructuralista que aparecía como una novedad y que se consolidaba con el accionar de figuras de la talla de Barthes, Levi Strauss, Foucault, Althusser y muchos otros cuya producción intelectual tenía un auditorio muy amplio, más allá de las disciplinas cultivadas. ¿Quién podía abstenerse de concurrir a los seminarios de estos "popes"? ¿Cuántas veces ellos mismos se prestaron a discutir en los seminarios de Braudel sus ideas vertidas en libros o artículos de su autoría? Sin lugar a dudas el ambiente intelectual de los sesenta y parte de los setenta fue un hermoso campo de batalla en la que las luchas se libraban con pasión y con lealtades que —a riesgo de parecer viejos— debemos reconocer que se añoran.

¿De qué manera afectaron a la producción historiográfica estas controversias? Alguien podría legítimamente señalar un cierto retraso en acusar el golpe a los cambios "anunciados". Son los años de las monografías de Goubert, Magalhaes-Godinho, Mauro, Romano, LeRoy Ladurie,

²⁵ Ver *op. cit.* en nota 23, pág.119.

Chaunu, y tantos otros tesistas brillantes relacionados con la Escuela de Altos Estudios. El denominador común era la aspiración de construir una historia integral, como diría LeRoy Ladourie : "en el cuadro limitado de un grupo humano yo arriesgué la aventura de una historia total".²⁶ Esa aspiración era además de legítima, legitimada por las propuestas de los fundadores. Historia total, historia integral a la que se le podría agregar en el caso de Vilar: razonada y desde su perspectiva, marxista y en construcción.²⁷

Se produjo una avalancha de producción que reconocía los atributos —que hemos rastreado en *L'histoire et ses méthodes*— de ocuparse de problemas o de procesos, antes que de individuos considerados como tales, utilizando una documentación masiva y anónima no preparada en los términos clásicos para servir de testimonio histórico, que requería, como señalara tempranamente Labrousse, de técnicas estadísticas y de un arsenal teórico no suficientemente sistematizado para ser usado en la investigación histórica. Se exigía además —como lo hizo Labrousse— una reformulación teórica.

Ahora las batallas ganadas abrían el arcano a esos taumaturgos de la historia que, sin pregonar ni exigir una teoría de la historia, brindan una literatura histórica ingeniosa y sobre todo explicativa de fenómenos o procesos, valiéndose de teorías y de técnicas de investigación desarrolladas en otros dominios.

No se hizo esperar una actitud de soberbia que concebiría lo cuantitativo como una especificidad, como una panacea y la única vía legítima en la construcción histórica. El monstruo de lo "cuantitativo", como en la frase del grabado de Goya, produjo sueños que se erigieron —por obra y gracia de Chaunu— en una pretenciosa versión, que él denominó "historia serial".²⁸ ¿ En qué consistía esta nueva concepción histórica? nada más ilustrativo que la descripción que de ella realizó François Furet: "... la ambición a la vez más general y más elemental de la historia

²⁶ Emmanuel LeRoy Ladurie, *Le paysan de Languedoc*, S.E.V.P.E.N., París, 1966.

²⁷ Cfr. Pierre Vilar, "Historia marxista, historia en construcción", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la Historia*, Volumen 1, Barcelona, 1978, págs. 179 y ss.

²⁸ Cfr. Pierre Chaunu, "L'histoire serielle, bilan et perspective", en *Revue Historique*, Avril - Juin 1970.

cuantitativa es la de constituir el hecho histórico en series temporales de unidades homogéneas y comparables y de poder medir la evolución por intervalos de tiempo dados, generalmente anuales. Esta operación lógica fundamental define la historia *serial* según el término propuesto por Chaunu".²⁹

¡Cuánto distaban las pretensiones de Chaunu de las propuestas que en 1961 hiciera en la presentación de los resultados de la versión de la historia cuantitativa de Marzewsky!³⁰ En aquella oportunidad Chaunu le reprochaba a Vilar el introducirse en un "terreno epistemológico" al efectuar reparos a los logros rápidos de los historiadores economistas del ISEA; como contrapartida, Vilar le recordaba a Chaunu las viejas aspiraciones de "sus primeros tiempos" cuando proponía constituir a la historia en "auxiliar de la economía proporcionándole largas series o comprobando sus leyes".³¹ ¿Hasta qué punto las propuestas referidas a la historia serial podían constituirse en un problema epistemológico?

Furet —a quién acabamos de glosar— ponía el énfasis, precisamente, en los cambios que la historia cuantitativa (serial) acarrearía a la tradicional concepción en boga de la historia. Al respecto puntualizaba, acentuando el nuevo carácter de la disciplina:

"...La historia serial presenta la ventaja decisiva desde el punto de vista científico de substituir el inaprensible *hecho* de la historia positivista por la respuesta regular de datos seleccionados y contruidos en función de su carácter comparable... Si la hipótesis del historiador se ha desplazado del nivel de la filosofía de la historia al de una serie de datos a la vez particulares y homogéneos, ella ha ganado a menudo haciéndose explícita y formulable, pero ha atomizado la realidad histórica en *fragmentos* tan distintos *que compromete al mismo tiempo la pretensión clásica de la*

²⁹ François Furet, "L'histoire quantitative et la construction du fait historique", en *Annales (E.S.C)*, 16^e ème. année, N^o 1, Janvier - Fevrier 1971, pág. 65.

³⁰ *Histoire quantitative de la économie française*, Cahiers de l'ISEA, París, 1961.

³¹ Cfr. Pierre Vilar, "Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. ¿Histoire quantitative ou économétrie retrospective?", en *Revue Historique*, 89^e ème. année, Tome XXXIII, Avril - Juin 1965, págs. 293 y ss.

historia de aprehensión de lo global..."³² Se reconocía, sin embargo, que esta historia serial comportaría una reducción de la historia a la historia económica tributaria, por otra parte, de "... la ciencia social más rigurosamente constituida hoy en día: la economía" y eventualmente a ese "subproducto" que resultaba la demografía.³³ Afirmaba, sin embargo, que la historia no aceptaría —ni aun de manera provisoria— el destino de aquella reducción y consideraba que sólo la economía disponía de un utilaje (modelos) que permitía comprobar hipótesis —mientras que la historia aparecía "como un campo adicional de datos y nada más..."— concluyendo: "... O bien se toma la disciplina histórica en su acepción más amplia, es decir, en su indeterminación conceptual, en la multiplicidad de sus niveles de análisis, y se trabaja entonces en la descripción de esos niveles y el establecimiento de simples relaciones estadísticas entre ellos, a partir de hipótesis, que originales o importadas, no son más que las intuiciones del investigador..."³⁴ Las afirmaciones subrayadas anteriormente nos servirán más adelante para justificar la existencia, precisamente, de una historia fragmentada, o como diría Dose, en "migajas".

Se pensaba que lo cuantitativo *per se* brindaría una explicación histórica, olvidando la vieja discusión entre lo previsible y el azar y la imposibilidad de explicar algo sin una conexión legal cualquiera, aun a riesgo de vulnerar algunos de los principios que horrorizarían a Karl Popper.³⁵

Sucedía con las propuestas de la historia serial algo semejante a lo que ocurre con cierta demografía ingenua que intenta explicar los cambios en la población por simples relaciones cuantitativas entre las variables que maneja. Naturalmente este problema irresoluble no impidió que se descubriera algo que por viejo, obvio: todo lo cualitativo podría cuantificarse. Se asociaba a la criatura (historia serial) con los fenóme-

³² François Furet, "Histoire quantitative et construction du fait historique", en *Annales (E.S.C.)*, 26e Année, N° 1. Janvier - Février 1971, págs. 63 y ss.

³³ *Ibid.*, pág. 64.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Pensamos en las nociones más laxas de causalidad y de conexión legal sugeridas por Mario Bunge, *La Causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna*, Buenos Aires, 1972, Capítulo X.

nos de larga duración, que en muchos casos se caracterizaba precisamente por su invarianza.

En ese, como en otros dominios, la soberbia daba cuenta del valor que se adjudicaba al "descubrimiento" de lo cuantitativo. Emmanuel LeRoy Ladurie fue el encargado de sostener que no existía otra historia científica que la cuantitativa.³⁶ Esta idea de Le Roy se completó —para escándalo de muchos— con otra, en que pontificaba que la historia del futuro sería computacional, o no sería.³⁷

Recordemos por un momento algo que ya se había dicho en el artículo de Meuvret, aparecido, precisamente, en 1961 en *L'histoire et ses méthodes*, cuando con un sentido superador invitaba a abandonar los viejos criterios —de los que el manual de Bloch daba cuenta— utilizando métodos estadísticos de control de los datos tal como ya los había desarrollado la denominada "estadística metodológica". De ese criterio se habían servido, precisamente, Labrousse y el mismo Meuvret en sus trabajos, sin abandonar por ello el ejercicio de la crítica histórica, que todavía debía recurrir al manual de Bloch.

Lo que no se terminaba de decir era que el ideal de esta historia cuantitativa era precisamente la generalización a otros campos de la investigación histórica, de las técnicas utilizadas por la economía y eso no era precisamente un pecado, sino tal vez una virtud. Se llega a hablar de la "construcción" del hecho histórico para indicar —por ejemplo— una relación cualquiera obtenida entre dos variables, que obviamente no se puede establecer sin datos. En principio el dato producido no suplanta a otros que dan cuenta del acontecimiento, sino que permite completarlos sin establecer una división maniquea entre el dato real o documentado y el inferido de otros. No se puede invalidar un criterio razonablemente aceptado y perfectible por uno excluyente, en beneficio de la historia serial. ¿A dónde irían a parar las argumentaciones de Bloch tendientes a explicarle a su hijo para qué servía la historia?

François Dose, a quien recurrimos a menudo en este ensayo, no dejó de relacionar estos cambios a fenómenos políticos o de alianza de los grupos en presencia. Pareciera que la disolución paulatina de los objetivos

³⁶ "... il n'est d'histoire scientifique que du quantifiable...", Emmanuel LeRoy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, París, 1973, pág. 22.

³⁷ "...l'historien de demain sera programmeur ou il ne sera plus", *Ibid.*, pág. 11.

presentes desde los fundadores se debió a cambios en las relaciones de fuerza tanto internas como internacionales. No es nuestro objetivo reseñar ni tampoco criticar la autenticidad y racionalidad de los cambios y menos aún intentar explicarlos. De lo que se trata es de ver desde los suburbios del mundo qué efectos tuvieron esos cambios en la concepción de la historia, en especial en aquéllos que nos beneficiamos —quíerese o no— con las argumentaciones elaboradas en esa "larga marcha" y con el trabajo en un ambiente abierto a las discusiones interdisciplinarias verificadas en las décadas de 1960 y 1970.

Por lo demás es ilusorio pensar que en esos ámbitos se lograra una fórmula que trasmutara como la piedra filosofal cualquier planteo en una obra de "arte", como reclamaba fuera de época Marrou. ¿Cómo negar el deslumbramiento y la atracción que producían la lectura de la *Crise de l'économie française a la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution* de Ernest Labrousse? ¿Cómo no admirar su reformulación de la teoría económica para explicar la economía del Antiguo Régimen o el paso de una explicación estrictamente económica, a otra social o simplemente cronológica?

Mucho de lo que estaba pasando en el grupo llamado de los *Annales* se generaba fuera, pero lo interesante era su poder de captación que todo lo asimilaba de una manera simbiótica. Después de todo los fundadores habían hecho sus primeras armas en la frontera (por Estrasburgo) y de los que vinieron luego muchos eran de "provincia" y otros tantos extranjeros o con una disposición de apertura hacia otros "territorios".

Lo interesante era observar cómo hasta el disenso se digería en términos de "politesse", lo que obviamente extrañaría a muchos compatriotas y coterráneos. Se trataba, sin dudas, de niveles de discusión que apuntaban a lo estrictamente académico, prescindiendo muchas veces de las profundas fosas que los separaba ideológica o intelectualmente. Observadores extranjeros —como el que escribe— pensaban que esas posiciones no eran otra cosa que el ejercicio de la hipocresía, atributo que se suponía era monopolio francés.

¿Cómo olvidar ese aire de generosidad que exhalaba Braudel a su alrededor, la apertura de sus dominios a intelectuales e ideas que en cierta forma aparecían como marginales, en especial a los regímenes socialistas y al pensamiento marxista? Como ejemplo valga la promoción de los trabajos de Witold Kula, de Eric Hobsbawm o Maurice Dobb, o las ideas de Chayanov, y más adelante la atención puesta en los logros de la

llamada "*new economic history*".³⁸

No ocuparon, sin embargo, la atención de Braudel las propuestas del grupo de investigadores del ISEA que prometían una síntesis de historia económica cuantitativa utilizando el modelo macroeconómico keynesiano. El ímpetu con que irrumpieron en la escena intelectual francesa sólo atrajo la atención de Pierre Vilar, quien —en nombre de una tradición francesa y marxista— trató de poner las aguas en su cauce señalando que tal propuesta no era tan nueva ni original y adolecía de la crítica a que los historiadores someten el manejo de las fuentes. Fue luego el mismo Vilar también quien discutió con vehemencia los argumentos de la "*new economic history*" cuando en 1969 Fogel desembarcó en París para exponer las metas y los logros de esa corriente historiográfica.

Curiosamente los historiadores norteamericanos se habían cubierto las espaldas asumiendo la defensa previa de sus propuestas en un trabajo con ribetes epistemológicos en los que se sostenía que las operaciones a que se sometía la información eran tan legítimas como cualquier otra de las usadas tradicionalmente en historia.³⁹

La década de 1970 fue sin lugar a dudas un período de ruptura. Al mismo tiempo, se abría una etapa de reconocimiento de muchos espacios de la sociedad negados o ignorados por la historia. Fueron los años de esas denominadas "revoluciones" que precedieron y siguieron al mayo francés. El común denominador parecía ser la desacralización de todo lo establecido. Fueron también los años de la aparición de una serie de "novedades" que prometían precisamente una ruptura con el pasado; esas novedades iban desde cosas aparentemente banales como la moda o los hábitos alimenticios a formas de pensar. Se hablaba de "*nouvelle cuisine*", de "*nouvelle philosophie*", de "*nouvelle droite*" o "*gauche*" y ¿por qué no de "*nouvelle histoire*"?

Si bien con anterioridad se habían hecho referencias a la "historia nueva", precisamente para dar cuenta de "esa larga marcha" plagada de

³⁸ En el transcurso del año 1969 visitó París el Profesor de la Universidad de Chicago Robert William Fogel y dictó una conferencia en el Institut de Science Economique Appliquée sobre *La nouvelle histoire économique: ses résultats et ses méthodes*.

³⁹ Cfr. el Capítulo 1 de Alfred H. Conrad y John R. Meyer, *The Economics of Slavery and Other Studies in Econometric History*, Chicago, 1964.

batallas, de escaramuzas y de algunos logros, ahora se trataba de marcar una ruptura que obviamente reconocía una herencia con beneficio de inventario.

El lector recordará que una de las constantes reconocidas por la escuela de los *Annales* había sido precisamente la concepción de la historia como totalidad, situación que Furet había puesto en relieve como resguardo a la mentada historia serial. La novedad consistía precisamente en abandonar esa aspiración en nombre de las especificidades, es decir de las historias. Para ese entonces Braudel había incorporado a los ya tradicionales temas de la escuela de los *Annales*, dos parcelas cuya legitimidad no se discutía: la historia de la vida material, que en cierta forma englobaba a la historia económica, y el problema de las civilizaciones, que lo englobaba todo. Nos parece errado el juicio que atribuye a Guizot la inspiración sobre el tema de las civilizaciones puesto que si bien se titulaba así el curso de historia dictado en 1812 en la Sorbona, no era precisamente ese el tema central, sino el de la explicación de la Revolución de 1789 como un fenómeno de lucha de clases e indirectamente de reflexión comparada, desde esa perspectiva, de las revoluciones inglesa y francesa.⁴⁰

Una de las principales señales de ruptura fue precisamente la tendencia a sustituir la función de la historia como disciplina que intenta explicar los cambios por el fenómeno de análisis de las permanencias. ¿Cuánto tenía que ver en todo esto "la larga marcha" de reconocimiento del fenómeno braudeliano de la "larga duración" como problema central del planteamiento histórico? Si de lo que se trataba era precisamente de una explicación de lo cuasi inmóvil, la explicación del cambio, para el que la historia había acudido a otras ciencias sociales, ya era casi innecesaria. Se necesitaría, por el contrario, de aquellas disciplinas que se ocupan precisamente de analizar las relaciones que dan estabilidad a las estructuras estudiadas.

Como antes recurriera la historia a aquellas ciencias sociales sistematizadas que intentan explicar las conexiones legales entre fenómenos, ahora hacía falta recurrir a la antropología —no precisamente a la antropología cultural— para explicar de una manera atemporal las permanencias. Esto explica la aparición de la denominada etnohistoria o antropo-

⁴⁰ Cfr. François Guizot, *Historia de la civilización en Europa desde la caída del Imperio Romano hasta la Revolución Francesa*, Madrid, 1966.

logía histórica.

Lo extraño es, precisamente, la recurrencia de la historia a una disciplina tan asistemática como referente. El problema central de la antropología parece ser la quimera por lograr una *teoría general de los sistemas*, reeditando la pretensión de la historia de construir una teoría del cambio.

¿Pero qué reivindica la nueva historia de la antropología estructural, además de su a-historicismo? Precisamente su técnica de abordaje de los datos a través de las entrevistas o la reconstrucción a través del recuerdo, sea éste individual o colectivo, de lo real.

Así como la historia había venido reclamando desde hacía mucho tiempo el ingreso a su reino de los grupos y clases ignorados en la vieja historia política, la nueva historia reclama también la recuperación de un espacio para los "objetos" hasta ahora marginados de la historia. Esos objetos humildes, pero no por humildes innecesarios, como las letrinas.⁴¹

En la recurrencia al pasado se trasmuta el problema de las mentalidades, que no es otra cosa que la historia de las ideas, por el problema del inconsciente colectivo. En esa operación resultan de utilidad para la nueva historia la explicación de los mitos, que darían cuenta de realidades pasadas tal como las pensara Georges Dumézil. No sólo resultan necesarios en esa operación los argumentos antropológicos sino que también se recurre al psicoanálisis como vía de explicación del pasado. Curiosamente, se ignora el pensamiento de las corrientes o los desarrollos de Eric Fromm y de Wilheem Reich, entre otros, que trataron de explicar el fenómeno de la personalidad autoritaria y la aceptación generalizada de un comportamiento a todas luces irracional desde la perspectiva freudiana, aplicable a la psicología social.

Otro descubrimiento de estos nuevos historiadores fue el cuestionamiento de la economía, no desde la perspectiva semejante a la de Marx, señalando el carácter histórico de la formación capitalista, sino suponiendo como lo hacen algunos antropólogos que siguen a Polanyi de que es posible a partir del conocimiento económico del funcionamiento del sistema capitalista, acceder a otro tipo de sistema en el que el carácter crematístico que caracteriza a ese tipo de sociedad no existe. En ese caso los nuevos historiadores se pierden como los alemanes del siglo XIX, a

⁴¹ En referencia a Roger-Henri Guerrand, *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*, Valencia, 1991.

quienes dedicaron Marx y Engels su *Ideología Alemana*, en la nebulosa de un tiempo cuya racionalidad remite a Marcel Mauss o al mismo Polanyi, para encontrar, en los criterios de *reciprocidad* o de *redistribución*, reemplazantes del sistema de juntar precios. Un caso típico de esa transmutación lo constituye el enfoque, desde la perspectiva de la etnohistoria, de las sociedades americanas anteriores al descubrimiento ¿y por qué no el de la sociedad medieval europea?.⁴² Después de todo Marc Bloch había sugerido esa posibilidad.

En un período anterior al de los intereses por las sociedades sin mercado y en el que todavía perduraba el espíritu de Braudel —caracterizado por la apertura al diálogo, a veces a las batallas— los *Annales* habían publicado una nota en la sección "Débats et combats" sugestivamente titulada "Un faux problème : l'ethno - histoire", ignorado luego en los debates posteriores verificados en 1974 y 1978 (ver nota 42).

En aquel artículo su autor Henri Brunschwig, puntualizaba: "...La historia es una ciencia que utiliza los resultados de numerosas ciencias auxiliares. De hecho no importa qué ciencia puede convertirse en auxiliar en ciertos casos particulares. La historia de sociedades sin escritura no difiere de la investigación del pasado de sociedades letradas porque ella recurre a los testimonios arqueológicos, lingüísticos, para la datación, hasta a testimonios astronómicos como los eclipses. Y es por esto que no hay necesidad de forjar un término especial tal como el de etnohistoria, por esa sola razón. El estudio del pasado de las culturas africanas y de la historia, utiliza los métodos de aquella y arriba a conclusiones que son de la misma naturaleza que las conclusiones históricas obtenidas en no sé qué otra parte del mundo. Pero para poder ser calificadas de historia, sus trabajos deben aplicar los métodos históricos, aun cuando ellos sean exigentes. Falto de eso, ningún escrito sobre el pasado de esas culturas puede ser más que pura especulación...".⁴³

La larga cita anterior remata en una conclusión, que si no fuera porque raya en un argumento de autoridad basado en la mayor racionalidad

⁴² Cfr. *Annales (E.S.C)*, 29e Année, N° 6, Novembre - Décembre 1974, sección denominada: "Pour une histoire anthropologique" y *Annales (E.S.C)*, 33 Année, N° 5 - 6, Septembre - Décembre 1978, número dedicado a la antropología histórica de las sociedades andinas.

⁴³ Henri Brunschwig, "Un faux problème: l'Ethno - histoire", en *Annales (E.S.C)*, 20e Année, N° 2, Mars - Avril 1965, págs. 291 y ss.

dad inglesa, resultaría incuestionable, "Esta firme toma de posición parece haber excluido el término de etno-historia del vocabulario científico inglés...".⁴⁴ Los razonamientos posteriores que realiza dan cuenta de la utilización de la tradición oral como fuente de información, muy utilizada en el estudio de los "pueblos sin historia" del Africa y que no es otra cosa que un método más de los que la historia puede servirse y de hecho estuvo presente en el inventario de testimonios que consideraba Bloch en su manual, proporcionado por las "ciencias auxiliares" sin remitir para nada a las "antropo, etno o astro historia".⁴⁵

Pero no todo se agota en la nueva historia en los problemas de la etnohistoria. Es también el largo camino hacia "la larga duración", hacia las permanencias, lo que lleva a pensar una historia antropológica, preocupada por el análisis de las relaciones que dan estabilidad a las estructuras y que alejan cada vez más a la historia de su vieja vocación por explicar el cambio. Curiosamente el viraje lleva al mismo tiempo a una revalorización, sin mencionarlo, del acontecimiento y a la narración como única meta. Esto se ha constituido en un motivo de alegría para el historiador inglés Lawrence Stone, quien saluda gozoso la vuelta al redil de los historiadores franceses, su regreso a la historia narrativa.⁴⁶ Claro que el regocijo de Stone no es total pues ya no ocurre como en la época de Von Ranke que los historiadores renuncian a explicar, sino que de lo que se trata es de acudir a otros medios e intereses en ese cometido. En respuesta a Stone, Hobsbawm le señala que es absurdo cuestionar precisamente la forma de abordar el conocimiento histórico invalidando el medio por el que se llega a la observación del objeto, que obviamente varía con lo que se quiere ver, indicando que el uso de un microscopio o de un telescopio dependerá, precisamente, de lo que se quiere ver.⁴⁷

Desde esa perspectiva es inobjetable y legítima la utilización de cualquier técnica de abordaje; lo que resulta difícil de aceptar es la

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 292.

⁴⁶ Cfr. Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", en *Past and Present*, Number 85, November 1979, pág. 3.

⁴⁷ Cfr. Eric Hobsbawm, "The Revival of Narrative: Somme Comments", en *Past and Present*, Number 86, February, 1980, pág. 7.

reducción de la historia a la descripción de las permanencias. Los tres tiempos sugeridos por Braudel que llevaban de lo inmediato, del acontecimiento, a "las cárceles de larga duración", se redujeron a considerar sólo esta instancia como fundamental preocupación de la historia.

La antropología cobró también importancia en la enseñanza de posgrado en la unidad académica por excelencia de los representantes de la "*nouvelle histoire*", es decir en la Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales (nombre que reemplazó al de la vieja Ecole Pratique des Hautes Etudes). La comparación curricular de los programas de la década de 1960 y comienzos del setenta con la actual, da cuenta de los cambios ocurridos; un alto porcentaje de los cursos se refieren a lo que se denomina antropología histórica, no como información general que se refiera a teorías o técnicas que ilustran sobre esa disciplina, sino como reflexión desde el punto de vista antropológico de problemas de algunos pueblos en particular.

Uno piensa con nostalgia en los encuentros anteriores de la antropología social y de la historia, a la manera de Boas o aun de Malinovsky, cuyas enseñanzas posibilitaron esos ensayos magníficos para algunas regiones de América Latina, como el de Gilberto Freyre para el Brasil, que tanto admiraba Braudel, o el de Ortiz, para Cuba.⁴⁸ Ahora pareciera que se trata más de utilizar un metalenguaje de la antropología pretendiendo aprehender pseudo teorías y/o categorías que no constituyen otra cosa que una jerga de neologismos que enredan al autor y obviamente al lector.

Lo imaginario o el imaginario reemplaza a las ideas, objeto de estudio de la evolución de las ciencias y de las creencias. En un caso como en el otro, al sacarlas de contexto cobran vida propia y se pierde la posibilidad de reflexión crítica desde el punto de vista de su vigencia o pérdida de vigencia, así como la posibilidad de reflexión crítica sobre la dosis de racionalidad o de irracionalidad que comportaban.

La historia de las costumbres, de los hábitos, de los sentimientos es tan legítima como cualquier otro dominio de la disciplina; sólo que resulta difícil aceptarla como independiente del resto de las manifestaciones de la vida; con una autonomía que hace precisamente que cada

⁴⁸ Gilberto Freyre, *Casa - Grande y senzala*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977 y Fernando Ortiz, *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar*, Ariel, Barcelona, 1973.

dominio constituya *per se* una historia. En esa autonomía tiene que ver sin duda lo que pasa a nivel social con la coexistencia de un mundo aparente y totalmente racional con franjas del conocimiento (o del desconocimiento) en los que lo mágico o lo seudo religioso disputa a la gaya ciencia la explicación o el control de fenómenos que por recurrentes, parecen constantes en la historia de la humanidad.

Esas recurrencias llevan a sospechar precisamente del progreso como componente de una filosofía de la historia que en sus distintas vertientes parece haber entrado en crisis. El deterioro ecológico, el descubrimiento de las diferencias —a nivel individual o colectivo— y su aceptación como forma civilizada de vida, la pérdida intempestiva de valores tradicionalmente aceptados y la sensación de impotencia creada a partir del convencimiento de que no se puede, ni se debe hacer nada para intentar cambiar el curso de la historia, parecieran ser los problemas más acuciantes del presente, en esa dialéctica que enunciaba Bloch: el presente sirve para retornar al análisis del pasado.

¿Pero hasta qué punto esta historia nueva que se aproxima a la antropología y que olvida sus antiguas aspiraciones es incompatible con la vieja pretensión de abordar el conocimiento de la economía, la sociedad y las "mentalidades"? Quizá la mejor reflexión nos remita a la defensa hecha por Hobsbawm en su comentario a Stone.⁴⁹ Allí se sostiene con muy buen criterio, que esa literatura histórica —que yo llamaría de ensayo y que reconoce una factura antropológica— no es incompatible ni contradictoria con los desarrollos alcanzados en los dominios tradicionales de la historia económica, social y de las mentalidades propuestas por los fundadores. Después de todo sus aspiraciones no obligan a mantener criterios que pueden resultar superados por nuevos aportes. Por otro lado tanto el Hobsbawm de *Los bandidos*, el Le Goff de *El hombre medieval* no diferían del Michelet de *Les sorcières*. El problema no consiste en sostener la ilegitimidad de estudiar las características de un fenómeno, sino en querer reservar para ese enfoque el monopolio de la historia.

Adjudicamos antes a la provisoriedad del mundo actual el interés por conocer cómo se "cocían" en otras épocas las habas. La historia menuda, cotidiana, ha ido cobrando interés y desplazando hacia la periferia los interrogantes tradicionales sobre el pasado. Se sospecha que

⁴⁹ Ver nota 47.

en esa operación tiene mucho que ver, precisamente, el fin de la historia como fin de las ideologías, combinado con una operación de marketing. Los historiadores han accedido a los medios de comunicación y el espacio reservado antes a otros entretenimientos es objeto de un tipo de conocimiento inmediato que sustituye en muchos casos a la literatura "rosa" que hacía suspirar e idealizar comportamientos "reales" que se convertían en ideales para gran parte del público lector. Ahora no hace falta desnudar a los nobles, pues ellos mismos lo hacen para el público, olvidando quizá la función que tenía el distanciamiento que se creaba entre el pueblo y su rey o su pastor, a partir del velo con que cubrían las formas elementales del comportamiento humano. La historia de la vida cotidiana lleva al convencimiento de que la materia prima de la historia, el hombre, ha cambiado muy poco, lo que quizás lleva a corroborar su definición del hombre individualista por naturaleza y egoísta por instinto, antes que animal social o político como lo definiera Aristóteles.

A lo largo de este artículo hemos señalado una serie de fenómenos que pueden inducir al lector a una visión imprecisa sobre la denominada nueva historia. Dijimos, por ejemplo, que se mantuvo la preocupación por intentar construir una "teoría de la historia" y obviamente una filosofía de la historia. También señalamos al comienzo que ese grupo al que genéricamente denominamos como de los *Annales* no era tan homogéneo, ya que de hecho se incluía muchas veces a historiadores que no compartían totalmente las ideas de los fundadores y las de los líderes del grupo. Tal el caso de Labrousse, Meuvret y Vilar.

Si la propuesta implícita que daba coherencia al grupo se reducía a la aspiración de realizar una historia "problema", como a menudo se repetía, que aspirara a ser en lo posible "cuantitativa, explicativa y causal", que se sirviera sin complejos de las teorías elaboradas en otras disciplinas, el problema de la adhesión a esas divisas podía ser muy amplio. La aparente independencia de toda filosofía de la historia permitía la coexistencia de historiadores entre los que se reconocía, como dijimos antes, una profunda fosa en el momento de la confrontación ideológica y política. Precisamente, una de las constantes de los historiadores franceses de este siglo había sido el desdén por la historia política. Esa rama de la historia fue poco cultivada y cuando se realiza un balance comparativo a través del tiempo, como lo hizo Dose, se verifica ese fenómeno.

¿Hasta qué punto esto es totalmente cierto? Sin comprometer lo dicho anteriormente respecto al análisis o explicación de la relación entre adhesión política e ideología, no podemos dejar de preguntarnos hasta qué

punto esa independencia entre convicciones políticas o ideológicas se ha podido mantener. El lector informado debe recordar las direcciones que Jacques Le Goff indica en la parte final de su artículo sobre la "*nouvelle histoire*", titulado "El futuro de la historia". Traduzco: "...Sin jugar a profeta o adivino, se pueden considerar tres hipótesis:

—O bien la historia persiguiendo sus inversiones en las otras ciencias humanas, las absorbe en una pan-historia, ciencia global del hombre, de los hombres en el tiempo.

—O bien se hace una fusión entre las tres ciencias sociales más próximas: historia, antropología y sociología. A esta eventual nueva ciencia, Paul Veyne dará de buena gana el nombre de 'historia sociológica'; yo preferiría llamarla 'antropología' histórica.

—O bien, dejando de tener fronteras y de coquetear con todas las otras ciencias del hombre, la historia se refugia en un nuevo territorio, sufriendo un nuevo 'corte epistemológico'. Pienso que un Michel Vovelle, tal como se expresa aquí (se refiere al artículo de Vovelle en el libro citado *La nouvelle histoire*. A.A.) iría voluntario a buscarla en el sentido de una 'nueva dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo'...".⁵⁰

Nada más ilustrativo del dilema que plantea la nueva historia. La primera opción se aproxima bastante al ideal que había campeado en el grupo de los *Annales* desde el inicio. Quizá para muchos se había exagerado al poner demasiado énfasis en lo económico, pero al mismo tiempo se lograba o se intentaba lograr una síntesis tal como lo proponía Henri Berr.

Aunque Le Goff no lo diga expresamente, sus preferencias se orientan a la segunda opción puesto que se juega por el título que se daría a la nueva disciplina: "antropología histórica". Creo que hay un error al suponer que la propuesta de Veyne de llamarla "historia sociológica" se corresponde con una adscripción de la historia a la sociología puesto que el mismo Paul Veyne reconoce el valor y la necesidad de la economía para explicar los procesos que enredan a los antropólogos a la hora de hablar de las sociedades sin mercado.⁵¹

La tercera opción se emparenta con esa nebulosa de la "dialéctica

⁵⁰ Tomado de Jacques Le Goff, *La nouvelle histoire*, págs. 240 - 241.

⁵¹ Me refiero a las críticas de Paul Veyne a la historia antropológica en "Pour une histoire anthropologique", en *Annales (E.S.C)*, 29ème. Année, N° 6, Novembre - Décembre 1974, pág. 1375.

del tiempo" que hace a Marc Ferro suponer que se trata de una teoría. Teoría, sin formalización y que en el mejor de los casos despreocupa a Braudel, como un hijo abandonado al que no se quiere encontrar, cuando escribe su historia de la civilización material.⁵²

Historia sin referencias a ninguna filosofía de la historia. Esa parece haber sido una divisa del grupo de los *Annales* y en cierta medida un elemento importante al momento de plantear la "historia problema" que homogeneizaba a un conjunto de heterodoxos. ¿Hasta qué punto esa neutralidad se ha mantenido ahora que se habla de una "*nouvelle histoire*"? El análisis de las ideas de LeRoy Ladurie sobre las posibilidades, hoy, de una historia total, pone en duda aquella vieja decisión de mantenerse distante de toda filosofía de la historia. ¿Hasta qué punto las ideas de LeRoy no constituyen o intentan constituir una filosofía de la historia? Sus planteos sobre las relaciones entre el "fondo de subsistencia" malthusiano, la población, la producción agrícola y los precios es sin lugar a duda una teoría a considerar de algún valor para revisar ciertos períodos históricos, pero nada más que eso. Querer hacer de ello una determinación en el sentido clásico remite a una discusión que inexorablemente lleva al terreno epistemológico por el que la escuela de los *Annales* ayer y la nueva historia hoy se niegan a transitar.

¿Qué queda de la vieja escuela de los *Annales* en su heredera putativa la "*nouvelle histoire*"? Una revisión de las compilaciones que dan cuenta de las propuestas y logros de la nueva Clío muestra muy pocos rasgos de los ancestros. Como diría Vilar de una manera herética y sin duda irónica, el comercio de la historia es como el de los detergentes: cualquier cosa puede pasar como una innovación.⁵³

⁵² Cfr. Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et Capitalisme (XVe-XVIIe siècle)*, 2 tomes, París, 1967.

⁵³ Desgraciadamente no contamos con una versión original y la traducción que citamos es proverbialmente infiel. Creemos que no traicionamos al autor al suponer lo que falta en la frase con la que comienza su artículo. Cfr. Vilar, Pierre, "Histoire marxiste....", citado en nota 27.